

Seguís en mí, Paulina. A todas horas
las manchas gangrenosas en el techo
forman tu rostro muerto.

(«¿Qué te has hecho,
qué tienes en la mano, por qué lloras?»
Me sueño hablándote de esta manera.
Mi sueño, que es mi vida, así te espera.)

Mi cuerpo: luz sin consuelo.
Surca mis venas azules
la fragata de los muertos.

Tu cuerpo: niebla sin vida.
En el agua de tus huesos
un náufrago no te olvida.

A vos nomás te escribo, pues nadie más conoce
el lenguaje del silencio.
El símbolo preciso es la palabra vacía.

Las dos agujas hablan: dicen que son las doce.
Entonces te presencio.
(Estoy soñando. Vuelves. No has muerto todavía.)